

Plaza pública

para la edición del 8 de julio de 1996

Excélsior, 20 años después

Miguel Ángel Granados Chapa

Hoy se cumplen veinte años del "golpe al *Excélsior* de Scherer", como ha quedado identificado en la historia mexicana el resultado de una conspiración gubernamental basada en la traición de un grupo interno. Fue un acto doblemente desleal, pues se agredió para siempre la solidez y la respetabilidad de una empresa que sólo pudo sobrevivir después entregada al dinero del gobierno. Y fue un acto de traición, la felonía de un amigo que apuñala por la espalda a quien le profesó apoyo y amistad ciega.

Julio Scherer García y Regino Díaz Redondo eran amigos entrañables, hermanos casi. De esa unión derivaba ventajas y privilegios el segundo, que no los hubiera ganado con su trabajo solo. Era un reportero mediocre, en perpetua riña con la prosa periodística, y también con la disciplina que exige el oficio, vencido por sus onerosas distracciones personales. Pero la amistad de Scherer lo ponía a salvo de los estragos de esos defectos. Scherer lo impulsó profesionalmente, con la desmesura que es uno de los rasgos de su carácter. Y lo hizo crecer en la política interna. *Excélsior* era una cooperativa, que elegía anualmente a sus órganos de administración y vigilancia. Y Scherer, el director general, regaló a Díaz Redondo su influencia política, su

capacidad para modelar la conducta de un amplio sector de la sociedad periodística.

A cambio, Díaz Redondo lo adulaba, le juraba amistad eterna. Scherer paladeaba conmovido, como prenda suprema de lealtad, este relato que le hizo su amigo Díaz Redondo: El mismo, al salir una noche, ya tarde, del cine Paseo a que había acudido con su hijo, vio encendida la luz en la dirección general, cuyo balcón daba a Reforma. "Ese es el despacho de Julio Scherer, director de *Excélsior*, hijo mío. Deseo que dentro de muchos años, cuando pasees por este lugar con tu propio hijo, puedas decirle que esa luz encendida corresponde al despacho de Julio Scherer, director de *Excélsior*".

Scherer entregó a Díaz Redondo el control de la política interna en la cooperativa. Lo hizo en dos fases: en diciembre de 1974, lo colocó en la presidencia del consejo de administración, un cargo de ejercicio bianual; y al año siguiente favoreció el triunfo de la lista electoral propuesta por su entrañable amigo. Le bastó para lograr ese efecto entrar del brazo de Díaz Redondo a la sala de asambleas, al finalizar diciembre de 1975, para que el sector menos politizado de la empresa supiera hacia dónde soplaban el viento. "Cometió usted un gran error, le advertí despechado el último día de ese año, al apoyar a Regino. Y por desgracia, más temprano que tarde se dará usted cuenta de quiénes son verdaderamente sus amigos".

En abril siguiente, ya en curso la traición, Scherer hizo que Gabriel García Márquez dedicara parte de su tiempo y desplegara sus contactos para conseguir una

serie de entrevistas con personajes colombianos. Y le atribuyó plenamente a Díaz Redondo el mérito de hallar y persuadir a los entrevistados de conversar con él. Tiempo atrás su amistad con Díaz Redondo lo había llevado más lejos: Rafael Rodríguez Castañeda, corresponsal del diario en Washington, ideó entrevistar a los jueces supervivientes del tribunal de Nuremberg; los ubicó y consiguió citas para las conversaciones deseadas...que cumplió Díaz Redondo por orden del director general.

Hasta el último instante confió Scherer en Díaz Redondo. Se acumulaban datos sobre su deslealtad, su contubernio con quienes atacaban a *Excelsior* desde el exterior, y no disminuía la fe del amigo en el amigo. Ante el consejo de administración, Díaz Redondo avisó haberse reunido en una suite del hotel Casablanca con el diputado priísta Humberto Serrano, quien explicó que la caída de Scherer resolvería la invasión del fraccionamiento Paseos de Tasqueña. De ese modo echó a rodar la parte que le correspondía de la intriga. Y sin embargo, continuaba en su empeño de engañar a Scherer con su doble juego: por un lado, impulsó un juicio interno contra cinco periodistas cercanos a Scherer; y por otro lado, cuando se propuso que otros miembros de la cooperativa igualmente afines al director general nos solidarizáramos con los procesados, Díaz Redondo anunció solemne:

--Yo quiero ser el primero en firmar esa carta de apoyo a mis compañeros.

Y añadió, según el testimonio de Angel Trinidad Ferreira, el sagaz reportero político que hoy es director de *La afición* (y quien resultó expulsado merced a ese juicio provocado por Díaz Redondo):

--En estos momentos tan difíciles para la cooperativa, la unidad y la paz interna son la única forma de contrarrestar los peligros del exterior que tratan de destruir a la cooperativa.

En realidad, fue la impaciencia la que condujo a la traición de Díaz Redondo. Hubiera sido director general de *Excélsior* de todos modos, puesto que así lo había decidido Scherer. Durante largo tiempo, el director general anunció que se proponía serlo por poco tiempo (acaso recordando la sentencia de su padre, don Pablo Scherer, que al presentir muchos años atrás que su hijo sería director de ese periódico, lo deploró porque el cargo lo haría sufrir). Y decía a diestro y siniestro que sólo dos personas, Díaz Redondo y el futuro autor de la "Plaza pública" estaban en condiciones de sustituirlo. Siempre dije a Scherer cuánto me disgustaba que me pusiera en el mismo costal que a Díaz Redondo. Pero desde mediados de 1975 ya no tuve que expresarle ese reparo, porque dejé de figurar en su terna. Sólo quedó en ella su amigo del alma.

Con paciencia, Díaz Redondo hubiera llegado a ser, por la voluntad de Scherer, director general de *Excélsior*. Por la buena. Eligió, sin embargo, la vía corta, la de la traición. Prefirió que la voluntad del Presidente Echeverría lo pusiera en ese cargo. Por la mala.

PLAZA PÚBLICA
MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA

Excélsior, 20 años después

Se conoce suficientemente bien el papel jugado por el presidente Echeverría en la conjura para destruir la independencia de "el periódico de la vida nacional". Pero fue también un acto de traición, cuyos rasgos aquí se recuerdan.



HOY SE CUMPLEN VEINTE AÑOS DEL "GOLPE AL Excélsior de Scherer", como ha quedado identificado en la historia mexicana el resultado de una conspiración gubernamental basada en la traición de un grupo interno. Fue un acto doblemente desleal, pues se agredió para siempre la solidez y la respetabilidad de una empresa que sólo pudo sobrevivir después entregada al dinero del gobierno. Y fue un acto de traición, la felonía de un amigo que apuñala por la espalda a quien le brindó pleno apoyo y le profesó amistad ciega.

Julio Scherer García y Regino Díaz Redondo eran amigos entrañables, hermanos casi. De esa unión derivaba ventajas y privilegios el segundo, que no los hubiera ganado con su trabajo solo. Era un reportero mediocre, en perpetua riña con la prosa periodística, y también con la disciplina que exige el oficio, vencido por sus onerosas distracciones personales. Pero la amistad de Scherer lo ponía a salvo de los estragos de esos defectos. Scherer lo impulsó profesionalmente, con la desmesura que es uno de los rasgos de su carácter. Y lo hizo crecer en la política interna. Excélsior era una cooperativa, que elegía anualmente a sus órganos de administración y vigilancia. Y Scherer, el director general, regaló a Díaz Redondo su influencia política, su capacidad para inspirar la conducta de un amplio sector de esa sociedad periodística.

A cambio, Díaz Redondo lo adulaba, le juraba amistad eterna. Scherer paladeaba conmovido, como prenda suprema de lealtad, este relato que le hizo su amigo Díaz Redondo: El mismo, al salir una noche, ya tarde, del cine Paseo a que había acudido con su hijo, vio encendida la luz en la dirección general, cuyo balcón daba a Reforma. "Ese es el despacho de Julio Scherer, director de Excélsior, hijo mío. Deseo que dentro de muchos años, cuando pasees por este lugar con tu propio hijo, puedas decirle que esa luz encendida corresponde al despacho de Julio Scherer, director de Excélsior".

Scherer entregó a Díaz Redondo el control de la política interna en la cooperativa. Lo hizo en dos fases: en diciembre de 1974, lo colocó en la presidencia del consejo de administración, un cargo de ejercicio bianual; y al año siguiente favoreció el triunfo de la lista electoral propuesta por su entrañable amigo. Le bastó para lograr ese efecto entrar del brazo de Díaz Redondo a la sala de asambleas, al finalizar diciembre de 1975, para que el sector menos politizado de la empresa supiera hacia dónde soplaban el viento. "Cometió usted un gran error -le advertí despechado el último día de ese año- al apoyar a Regino. Y por desgracia, más temprano que tarde se dará usted cuenta de quiénes son verdaderamente sus amigos".

En abril siguiente, ya en curso la traición, Scherer hizo que Gabriel García Márquez dedicara parte de su tiempo y desplegara sus contactos para conseguir una serie de entrevistas con personajes colombianos. Y le atribuyó plenamente a Díaz Redondo el mérito de hallar y persuadir a los entrevistados de conversar con él. Tiempo atrás su amistad con Díaz Redondo lo había llevado más lejos: Rafael Rodríguez Castañeda, corresponsal del diario en Washington, ideó entrevistar a los jueces supervivientes del tribunal de Nuremberg; los ubicó y consiguió citas para las conversaciones deseadas... que cumplió Díaz Redondo por orden

Julio Scherer García, que hace veinte años fue depuesto de la dirección general de la cooperativa que edita Excélsior, fue víctima de una traición, pues había prohijado política y profesionalmente a quien por la espalda le asestó el golpe.

del director general.

Hasta el último instante confió Scherer en Díaz Redondo. Se acumulaban datos sobre su deslealtad, su contubernio con quienes atacaban a Excélsior desde el exterior, y no disminuía la fe del amigo en el amigo. Ante el consejo de administración, Díaz Redondo avisó haberse reunido en una suite del hotel Casablanca con el diputado priísta Humberto Serrano, quien explicó que la caída de Scherer resolvería la invasión del fraccionamiento Paseos de Tasqueña, iniciada el 10 de junio, con ese fin específico. De ese modo echó a rodar la parte que le correspondía de la intriga. Y sin embargo, continuaba en su empeño de engañar a Scherer con su doble juego: por un lado, impulsó un juicio interno contra cinco periodistas cercanos a Scherer; y por otro lado, cuando se propuso que otros miembros de la cooperativa igualmente afines al director general nos solidarizáramos con los procesados, Díaz Redondo anunció solemne:

-Yo quiero ser el primero en firmar esa carta de apoyo a mis compañeros.

Y añadió, según el testimonio de Angel Trinidad Ferreira, el sagaz reportero político que hoy es director de *La afición* (y quien resultó expulsado merced a ese juicio provocado por Díaz Redondo):

-En estos momentos tan difíciles para la cooperativa, la unidad y la paz interna son la única forma de contrarrestar los peligros del exterior que tratan de destruir a la cooperativa.

En realidad, fue la impaciencia la que condujo a la traición de Díaz Redondo. Hubiera sido director general de Excélsior de todos modos, puesto que así lo había decidido Scherer. Durante largo tiempo, el director general anunció que se proponía serlo por poco tiempo (acaso recordando la sentencia de su padre, don Pablo Scherer, que al presentir muchos años atrás que su hijo sería director de ese periódico, lo deploró porque el cargo lo haría sufrir). Y decía a diestro y siniestro que sólo dos personas, Díaz Redondo y el futuro autor de la "Plaza pública" estaban en condiciones de sustituirlo. Siempre dije a Scherer cuánto me disgustaba que me pusiera en el mismo costal que a Díaz Redondo. Pero desde mediados de 1975 ya no tuve que expresarle ese reparo, porque dejé de figurar en su terna. Sólo quedó en ella su amigo del alma.

Con paciencia, Díaz Redondo hubiera llegado a ser, por la voluntad de Scherer, director general de Excélsior. Por la buena. Eligió, sin embargo, la vía corta, la de la traición. Prefirió que la voluntad del presidente Echeverría lo pusiera en ese cargo. Por la mala.